

lo que contaros pretendo, pero acudo al menor daño. Diego: aqueste caballero en cuyo poder quedé no me agrada, porque es cierto que goza de la ocasión, como otros muchos lo han hecho. Desde que me vió la cara, con ternezas, con requiebros, apretándome las manos, dando suspiros al cielo, me ha declarado su amor, aunque con término honesto. Es poderoso, y va á ser Gobernador en Oviedo, cosa que puede animarle á conseguir sus intentos. Pues la suerte os trajo aquí, no conviene ni lo quiero que en su poder me dejéis.

DIEGO. ¡Ea, desdichas: á un tiempo todas juntas, que ya es hora de cumplir vuestros deseos; matadme, que poco falta!

JUANCHO. ¡Llévese diablo por viejo! ¡Juras á Dios que le tienes las propiedades del puerco!

TORIBIA. ¡Hemos negociado bien!

DIEGO. ¡Alto! vamos al remedio, que las determinaciones son hijas de los discretos. No quiero que con él vayas ni que te quedes, que es cierto que aquí no has de estar segura. Esta noche, en el silencio de su obscuridad, sin dar á ninguno cuenta desto, te preven, que he de llevarte, tomando por instrumento de las muchas dese Prado, dos yeguas, hijas del viento, para hacerlo.

JUANCHO. Ya le tienes juras á Dios lindos frenos y yo sabes donde hay sillas, y por el corral podemos echarlas.

DIEGO. Bien lo has pensado.

TORIBIA. Muy buen despacho tenemos. ¿No hay son echar y freir, como si fueran buñuelos?

DIEGO. A las diez en esta puerta has de estar, porque al momento que Juancho ensilla las yeguas nos vamos.

ANA. Bien lo has dispuesto; pero, porque la fortuna no atropelle mis deseos, cuando las tengas á punto, *háblame en entrando* recio, porque á la voz te conozca.

DIEGO. Bien dices, y por más cierto, será el hablarme en entrando, la seña.

ANA. De aqueso acuerdo quedamos.

ESCENA IX

Sale RODRIGO.—DICHOS.

RODRIGO. Ya está esperando la comida; ¡santos cielos! Señor ¿en aquesta casa?

DIEGO. Así el cielo lo ha dispuesto; ¿dónde está vuestro señor?

RODRIGO. Aquí esperando le dejo á mi señora doña Ana para comer.

DIEGO. Vamos luego, que quiero besar sus manos.

RODRIGO. Será excesivo el contento que tendrá con vuestra vista.

DIEGO. Mayor le tuviera entiendo (*Aparte.*) de no verme. Ven doña Ana.

JUANCHO. Juancho, vamos allá dentro; buena noche se te espera trotando por esos cerros como ahora, y harta el tripa, que quizá le vendrá tiempo en que cuando quieras carne matarán al carnicero.

DIEGO. Lo dicho, dicho, doña Ana.

ANA. Y lo dicho, dicho, Diego.

JUANCHO. Dicho lo dicho, barriga. (*Vanse.*)

ESCENA X

TORIBIA sola.

Hábrame en entrando, pienso caquesta noche ha de ser, sin duda, mi finamiento. ¡Qué bien lo amasó el traidor que con fingidos requiebros embaducar pretendía los mis sencillos deseos! ¡Qué he de hacer, triste de mí, que me espachurran los celos! ca cá dentro juegan cañas, siendo la praza del cuerpo. ¡Llorad tristes ojuelos, que amor os tira y son sus frechas celos y por sentir las que os están tirando decí Toribia, así: «hábrame en entrando.»

ESCENA XI

Sale LUCÍA.—DICHA.

LUCÍA. Toribia, padre te llama. ¡Verá el diablo lo que ha hecho! ¿el asador te trajiste? No me ha quedado abujero, tizón, artesa, vasar, horno, cocina, humero, espetera, despensilla, que he perdido el sufrimiento buscándole. ¿No respondes? ¿Qué tienes que haces pucheros?

TORIBIA. Tengo un bien que no me entiendo, tengo un mal que no le entiendo. ¿Has vido al ninfo y la ninfa juntos?

LUCÍA. Sí.

TORIBIA. Pues eso tengo.

LUCÍA. Ya de comer acabaron, y ella, desmayos fingiendo, diz que se quiere acostar, y yo la cama le he hecho en la cámara de arriba.

TORIBIA. Ya esos desmayos entiendo. ¡Mal desmayo le dé Dios! Pues se acuesta, ocasión tengo para corromper sus gritos y para lograr mi intento; procura tú desnudarla y con sutil fingimiento los vestidos que le quitas los trascuela á mi aposento con secreto, que me importa.

LUCÍA. ¿Qué es lo que has de hacer con ello?

TORIBIA. Calla, y haz esto que digo.

LUCÍA. Callo, y hacerlo emprometo.

TORIBIA. Al cura le oí decir que vestido de pellejos le hurtó la bendición un Jacome al heredero della; y así pienso hacer, que esa ropa será el vello que la bendición que busco magarre por los cabellos. (*Vanse.*)

ESCENA XII

Salen DON DIEGO y DON LUIS.

DON LUIS. Si estás determinado no será porfiaros acertado.

DON DIEGO. Yo estoy agradecido al gran amor que en vos he conocido; llámanme obligaciones que no puedo excusar.

DON LUIS. Las ocasiones que pueden suceder mirad primero, que es la hermosura un enemigo fuerte y á quien la adversa suerte tanto le dió, camina hacia la muerte con mayor brevedad.

DON DIEGO. Esos deseos... (*Aparte.*) En sus palabras ya su intención veo. ¡Que no le haya obligado siendo noble el haberle confiado mi honor! Pierdo el sentido.

DON LUIS. Que, en efecto, señor, solo y perdido huyendo de la muerte, ¿os queréis encargar de aquesa suerte de una mujer hermosa? No lo acertáis, y adviértoos una cosa, por el hábito santo de San Benito, á quien venero tanto; por la sangre heredada tan limpia y noble como desdichada, que estaba en mi poder esa señora más bien guardada que no queda ahora, y quererla llevar no os lo aseguro;

no me habéis conocido, que yo os juro que á conocerme...

DON DIEGO. ¡Ay cielos, sin duda al viejo le atormentan celos! Me he desengañado del falso trato que conmigo ha usado. En mi poder está...

DON LUIS. No está.

DON DIEGO. ¿Qué es esto?

DON LUIS. Dañosas rapazadas. ¡Alto, prestol pongan el coche y vamos.

RODRIGO. Ya está puesto, señor.

DON LUIS. ¿A qué aguardamos? Quedaos con ella que, por vida mía, que os acordéis de mí quizá algún día. Llévola yo á mi casa; ¡ay hija amada, el alma se me abrasa! y venís á quitalla de quien le daba honor! ¿Queréis llevalla á que guarde ganado? ¡Pobre muchacha, lástima me ha dado!

DON DIEGO. ¡Si no mirara...!

DON LUIS. ¿Cómo es eso, cómo? Canas de acero calzan pies de plomo. Yo soy quien he tenido lo que no puede ser bien parecido. Si hacerlo no os agrada, no miréis en respetos, que mi espada, cansada de matar los enemigos, bien sabrá responder á los amigos.

DON DIEGO. Ya apretáis demasiado. Aquí en vuestra presencia he reparado no sé qué soberanos impulsos me enmudecen que las manos aun no acierto á movellas, debe ser unión de las estrellas lo que aquí me detiene; idos con Dios, pues tanta fuerza tiene que no habiendo temido, temo venceros por quedar vencido, y no pudiendo hablaros temo el oiros, temo el replicaros. (*Vase.*)

DON LUIS. Muerto va y solo quedo.

RODRIGO. Declárate señor.

DON LUIS. Eso no puedo que ahora no conviene, que quiero ver si algún remedio tiene con el cargo que hoy llevo su libertad.

RODRIGO.
Ya se ha escondido Febo,
quédate a questa noche
en esta casa.

DON LUIS.
No: camine el coche;
pica á Oviedo que importa.

RODRIGO.
A Oviedo pica.

DON LUIS.
La jornada es corta;
¡qué triste fué el mozuero!
Más triste quedo yo, sábelo el cielo.
¡Ay, mi hija querida,
aún no gozada cuando ya perdida!
¿Cuándo querrá mi suerte
que alegre os goce hasta esperar la muerte?
(Vanse.)

ESCENA XIII

Salen Lucía con un candilón y los vestidos y Toribia.

TORIBIA. ¿Cerraste la puerta?
LUCÍA. Sí, ya la he cerrado.
TORIBIA. Cuelga el candilón
en aque se cravo.
¿Sintióte la ninfa?
LUCÍA. No, ca al ir entrando,
por no her roido,
quité los zapatos.
TORIBIA. Pues desnuda presto.
LUCÍA. Ya tienes quitado
la saya y sayuelo.
(Siéntase en el suelo.)
TORIBIA. Desprende el tocado
aprieta, Lucía,
mientras me descalzo.
(Queda en mantegüelo.)
LUCÍA. Ya todo está hecho;
¿por qué tas quitado
los zapatos?
TORIBIA. ¡Bestia!
¿cabrán en los zancos?
Dácalos acá.
(Dale los chapines.)
LUCÍA. Aquí están.
TORIBIA. ¡San Pablo!
Llega acá, Lucía;
llega, que me caigo.
LUCÍA. Quitátelos, pues.
TORIBIA. Yo me iré enseñando,
ca amor es maestro
en aquestos casos.
Daca los corpiños.
LUCÍA. Como están cerrados
por delante...
TORIBIA. Enseña,
oigan el diablo,
por detrás se atacan.
(Pónese el jubón.)
LUCÍA. Las damas de hogaño,
siguiendo lo culto,
huyen de lo craso.
TORIBIA. Pon presto.
LUCÍA. Ya pongo.
¡Cristo soberano,
cuántos agujeros...!

TORIBIA. No estiraces tanto,
que me harás caer.
LUCÍA. Todo está atacado;
¿qué quieres ahora?
TORIBIA. Dame ese refajo.
LUCÍA. Allá va; ¿qué es esto?
(Las enaguas.)
TORIBIA. ¿Qué trojiste, diablo?
¿es frontal de iglesia?
Ten de aqueste lado.
(Extiéndelas todas, que han de estar co-
sidas por delante.)
¿Quieres apostar
que trojiste acaso
la funda del coche?
LUCÍA. No, que es muy galano.
TORIBIA. Ya caigo en lo que es:
manta de caballo.
LUCÍA. ¿Tan larga?
TORIBIA. Alto, pues;
voime rodeando
esta faja al cuerpo.
(Va dando vueltas Toribia, dándose las
enaguas, y Lucía teniendo el otro canto.)
LUCÍA. Muy bien lo has pensado,
casí la traía.
TORIBIA. Ata esos dos cabos;
venga ahora esotro
presto.
LUCÍA. No ha quedado
ya más que la ropa.
(Pónese la ropa.)
TORIBIA. ¡Qué cuello tan alto!
Lucía, parece
pescuezo de ganso.
LUCÍA. ¿Por qué así lo hacen?
TORIBIA. Porque yo he pensado
que los traen así
éstas, por si acaso
algún caballero,
tierno enamorado,
quiere visitar
sus compuestos labios,
con el pie de amigo
no pueden lograrlo.
LUCÍA. Esta caja vino
acá entre los hatos.
TORIBIA. ¿Qué hay dentro?
LUCÍA. Cabellos.
TORIBIA. ¿Si sa trasquilado
con el berrenchín?
LUCÍA. Que son del tocado
tienen trazaderas,
si no es que me engaño,
estos son pericos.
TORIBIA. Pon, que no me espanto
que caiga quien tiene
perico en los cascos.
Daca la valona.
LUCÍA. Está como un mayo;
toma no te ahoje.
TORIBIA. ¿Y padre?
LUCÍA. Sentado
quedaba en el huego
con Sancho tu hermano,
que destas visitas
quedaba cansado.

TORIBIA. Si por mi pregunta
di que me he acostado.
LUCÍA. ¿Qué hará la señora
cuando ande buscando
sus vestidos?
TORIBIA. Muera,
pues me está matando.
Arrímate á mi.
(Toma el candil Lucía, arrimase á To-
ribia y vanse entrando.)
LUCÍA. Válgate el calvario
de Nueso Señor.
¡Linda estás!
TORIBIA. ¿Te agrado?
Vete poco á poco.
LUCÍA. Si yo huera macho
todo estaba hecho.
TORIBIA. ¡Ay! amante falso,
aquesto mofriga;
«hábrame en entrando.» (Vanse.)

ESCENA XIV

Salen DON ALONSO DE BUSTOS y otros tres, con
pistolas, botas y espuelas.

ALONSO. Los caballos apartad
detrás de aque se ribazo,
que, según traigo noticia,
presto atajaré los pasos
del que ya segunda vez
más afrentas ha intentado.
Los caballos aun no pueden,
consumidos del cansancio,
pacer la hierba.
CAB. 2.º El postrero
ha sido bellaco rato
que han llevado.
CAB. 3.º La noticia
que nos dió aquel aldeano
de los bueyes importó.
ALONSO. Ahí os quedad retirados,
veré si en aquesta casa
quizá quieran hospedarnos
sólo por aquesta noche.
(Vanse los tres.)
Yo apostaré que acostados
estarán ya. ¡Ah, buena gente!
(Da golpes.)
Abrid. Habladme en entrando.

ESCENA XV

Salen TORIBIA.—DON ALONSO.

TORIBIA. La seña es ésta, aquí estoy
aguardando, Diego Hurtado.
Doña Ana soy.
ALONSO. ¡Santos cielos!
¿Qué es esto?
TORIBIA. ¿Estan aliñados
los caballos?
ALONSO. (Ap.) Fingir quiero.
Ya están á punto.
TORIBIA. Pues vamos.
(Ap.) ¡Voto al sol, que habéis de ser
mi marido!
ALONSO. El cielo santo

sin prevenir la venganza
la trujo el cielo á mis manos
(Llévasela.)

ESCENA XVI

Salen Doña ANA mal vestida de villana.

¿Si habrá mi hermano venido,
que no sé quién me ha quitado
los vestidos que tenía
prevenidos para el caso,
y en buscar esos que tengo
presumo que me he tardado?
Si bien más segura voy
en este traje.

ESCENA XVII

Salen DON LUIS y RODRIGO.—Doña ANA.

LUIS. Cansado
llego; mas ¿cómo, Rodrigo,
tendré sin vida descanso?
RODRIGO. Señor: del camino vuelves;
¿qué piensas?
LUIS. He imaginado
el peligro en que á mi hija
dejé entre aquestos villanos,
y así he resuelto decirle
quién soy, y llevarla.
ANA. Pasos
siento. ¿Si es Diego?
LUIS. ¿Qué es esto?
Un bulto, si no me engaño,
miro á la puerta. ¿Quién va?
(Llega y agárrala.)
ANA. ¡No es Diego, ay Dios!
LUIS. Sosegaos.
ANA. Ya os conozco, ya os conozco;
mirad que vendrá mi hermano,
y que si intentáis mi ofensa
tengo valor, tengo manos
para mataros.
LUIS. ¡Ay, hija:
dame mil veces tus brazos!
Soy tu padre, Luis Hurtado
de Mendoza. Trae, Rodrigo,
la yegua.
(Va Rodrigo por ella.)
ANA. ¡Oh, padre amado!
¿es posible que te veo?
Dámé otra vez esos brazos.

ESCENA XVIII

Asómase Lucía á la puerta y velos abrazar.—Dichos,
menos RODRIGO.

LUCÍA. ¡Eso sí, cuerpo de tal!
LUIS. Vente conmigo.
ANA. ¿Y mi hermano?
LUIS. Por ahora no conviene
que sepa quién soy.
ANA. Pues vamos.
¿Ni ha de saber dónde voy?

LUIS. Después.
ANA. Besaré tus manos
dos mil veces.

ESCENA XIX

Sale RODRIGO.—DICHOS.

RODRIGO. Ya está aquí
la yegua.
ANA. ¡Cielos sagrados,
tal suerte en tanta desdicha!
LUIS. ¡Vamos! (Vanse y llévensela.)

ESCENA XX

Lucía sola.

¡Hábrame en entrando!
Hoy despacha el viejo verde;
pardiez, lindo lance ha sido.
¡Hola, haol que se la lleva.
¡Oh Mendo, oh señor, oh Sancho!

ESCENA XXI

Salen por una puerta DON DIEGO y JUANCHO, y por otra SANCHO.—LUCÍA.

SANCHO. ¿De qué das voces? ¿qué ha habido?
DIEGO. Alguna desdicha aguardo.
LUCÍA. ¡Que se llevan á doña Ana!
DIEGO. ¿A quién?
SANCHO. ¿A quién?
LUCÍA. ¡San Hilario!
(A Diego.)
¿Vos estáis aquí?
DIEGO. Aquí estoy.
LUCÍA. Pues otro «hábrame en entrando»
se lleva á Toribia.
SANCHO. ¿Mi hermana?
DIEGO. ¡Cielo santo!
¿Qué desdichas son aquésta?
JUANCHO. ¡Bien hemos negociado!
DIEGO. Pues ¿quién se lleva á doña Ana?
LUCÍA. Ese viejo á cuyo cargo
vino aquí.
DIEGO. ¡Ah falso, ah traidor!
SANCHO. Y á mi hermana, ¿por qué ó cuándo
la llevan?
LUCÍA. Eso no sé.
SANCHO. ¿Y quién hué?
LUCÍA. «Hábrame en entrando.»
DIEGO. Juancho, vengan esas yeguas;
ponte en una al punto, Sancho,
que yo en estotra tras ellos
al viento ligero igualo;
busca á tu hermana, que yo
busco la mía.
SANCHO. Yo parto
sin alma, pues que el honor
y el amor me han robado.
LUCÍA. Adiós, Juancho.
JUANCHO. Adiós, Lucía,
que allá me llevas mi amo.
LUCÍA. Si encontrases á Toribia
dile...
JUANCHO. ¿Qué?
LUCÍA. «Hábrame en entrando.»

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Salen TORIBIA, DON ALONSO y tres más.

ALONSO. Pues ¿qué te obligó á decir,
pastora, que eras doña Ana?
TORIBIA. A ser vos mi confesor
podiera decir la causa;
mas ¿qué mayor la queréis
que mirarme ataviada?
Con don y unos atavíos
á cualquier mujer honrada
la sacan de sus casillas.
ALONSO. ¡Oh, nunca saliendo el alba
desengañara las dudas
de mi dichosa venganza!
TORIBIA. Dalde á los diabros, que á todos
mos mata y mos desengaña,
de que he podido escurrirme.
Pero ¿quién, por mi desgracia,
la seña os dijo?
ALONSO. Es refrán
que acostumbro; y como á tantas
voces nadie respondió,
pareciendo que callaban
ó por temor ó por sueño,
acaso lo dije. Extraña
manera de vestir: ¿cómo
os pusiste las enaguas,
labradora, desa suerte?
TORIBIA. Decíme: ¿cómo se llaman?
ALONSO. Enaguas.
TORIBIA. ¡Libreme Dios!
CAB. 1.º ¡Graciosa es la labradora!
ALONSO. Y tiene extremada cara:
ya que hemos errado el tiro,
entretanto que descansan
los caballos, recostaos,
que aquestas umbrosas hayas
servirán de pabellón,
cuando os ofrece la cama
huésped, si bizarro Abril
ella florida y bizarra.
TORIBIA. Todos podremos hacerlo,
que, pardiez, de buena gana
durmiera yo á sueño suelto
como un lirón.
CAB. 1.º ¡Linda gracial
¿Piensas dejarnos durmiendo
y en un caballo serrano
tomar las de Villa Diego?
TORIBIA. Nunca malicias os faltan.
¿Pues eso había de hacer?
Yo os empeño mi palabra
que heis de echarme menos cuasi
me vaya.
CAB. 2.º Bien lo declara;
mas será después de ida.
TORIBIA. Pues ¿cuándo?
CAB. 3.º Denle una estampa
por el aviso.
TORIBIA. Y sepamos,
si yo no soy de importancia

ni en nada les he ofendido,
¿qué me quieren?

ALONSO. Que te vayas;
mas será después...

TORIBIA. ¿De qué?
ALONSO. De que sepas que me abrasas.

TORIBIA. Pues apártese de mí.

ALONSO. Será apartarme del alma.

TORIBIA. Pues ¿quién se la tiene?

ALONSO. Tú.

TORIBIA. ¿Dónde?

ALONSO. En esa hermosa cara.

TORIBIA. El alma de todo un cuerpo
¿cabe en mi cara?

ALONSO. Serrana:
en esos ojos la tienes.

TORIBIA. Aunque fuera de avellana
es imposible caber.

ALONSO. Ese donaire me mata
sin piedad y sin justicia.
que eres dueño de mi alma;
que esos labios de coral
y esas mejillas de grana
me tienen muerto de amores
y que me abraso, serrana,
por servirte.

TORIBIA. Gloria á Dios,
que entramos en la posada;
ya no hay que pasar de ahí.

ALONSO. Pues ahora sólo falta
que, pues el sitio convida,
conmigo no seáis ingrata;
vamos, gozaré tus brazos.

TORIBIA. ¿Gozarme? Aqueso no es nada;
mire si quiere otra cosa;
el hombre es práctico.

ALONSO. Acaba:
¿no te determinas? Pues
considera que á tu casa
no has de volver si primero
no haces mi gusto.

TORIBIA. (Aparte.) ¡Mal haya
mi desdicha y no tener
en aquesta ocasión armas!

ALONSO. Quedaos vosotros ahí.
Vamos, mi bien.

TORIBIA. ¿Esto pasa? (Aparte.)

ALONSO. ¿Ello no puede ser menos?

TORIBIA. ¡Por ningún casol
Pues vaya

ALONSO. con el diablo.
Vamos, pues.

Loco voy.
(Van andando, y al pasar por junto á
los criados, Toribia le quita la espada á
uno.)

TORIBIA. ¡Fiera canalla!
Amansad vuestros deseos
con la punta desa espada.

ALONSO. ¿Qué intentas, bárbara?

ESCENA II

Sale SANCHO DÍAZ.—DICHOS.

SANCHO. Creo,
si la vista no me engaña,
que llegamos á buen tiempo.

TORIBIA. ¿Pensabas que aunque aldeana
rústica, en aquesas sierras,
entre sus peñas criada,
no tengo valor ni manos
para defender osada
el honor, preciosa joya,
vivo caratíel del alma?
Engañáisos, que en defensa
suya os mataré.

ALONSO. Ya pasa
de locura, lo que emprendes,
y por esa misma causa
te he de gozar, ó la vida
has de perder.

TORIBIA. ¡Brava hazaña,
para un noble caballero
es ensangrentar su espada
en una humilde mujer!
Mas no importa; ensangrentadla
si podéis, que ¡vive Dios!
caballero de mohatra,
que teniendo de mi parte
la razón que me acompaña,
la noble sangre que heredo
pienso haceros mil tajadas,
que los galanes de hogaño
gastan en calzón y mangas.
Embestí.

ALONSO. ¡Viven los cielos!
que en esta ocasión me holgara
que en tu defensa tuvieras
quien estorbar intentara
mi gusto. Acabad, ¿qué es esto?
Si se defiende, matadla.

SANCHO. No matarán, que aquí está
quien, saliendo á la demanda,
os cumplirá ese deseo.

TORIBIA. ¡Hermano, toquen alarma:
muera esta gente roín!

ALONSO. Agora saco la espada
para castigarte.

CAB. 2.º Huid.

SANCHO. ¡Huid vosotros, canalla!
Rayo seré de esas vidas.
(Métenlos á cuchilladas Sancho y Tori-
bia.)

CAB. 3.º Esos caballos desata;
¡huyamos!

ALONSO. ¿Qué es esto? ¿ahora
una espada os acobarda?

CAB. 1.º ¡Pica!

CAB. 2.º ¡Correl!

CAB. 3.º ¡Vuela!

ALONSO. ¡Cielos!
si no vengo injurias tantas,
¿para qué quiero la vida. (Vanse.)

ESCENA III

SANCHO y TORIBIA.

SANCHO. Al viento ligero igualan;
mas ¿por qué culpo la suya
si tu ligereza es tanta
que, atropellando respetos
de tu sangre y de tu casa,
como una infame ramera

te sales della y te apartas de tu padre y de tu hermano, desluciendo con infamia nuestro honor? Dime: ¿qué ha sido deste traje la mudanza, desta deshonra el origen, y desta humildad la causa? ¿quién della ha sido ocasión?

TORIBIA. El amor.

(Hace una reverencia.)

SANCHO. Aquesta daga te le sacará del pecho, y pues mis ofensas callas, ella me abrirá otra vía que me la diga.

TORIBIA. Si basta decirlo, yo lo diré.

SANCHO. Di, pues, acaba.

TORIBIA. La causa es muy larga para ahora. El vestido, de doña Ana, que, por gozar la ocasión que ella venturosa alcanza, me le puse, que el amor del forastero que en casa estaba, dempués que vino ha metido tal cizaña, que él ha de ser mi marido cumpliéndome la palabra que me ha dado; aquesto es hecho, aunque le pese á la ingrata, que por él melancoliosa tantos enredos trazara, ó no seré yo Toribia.

SANCHO. Calla, bestia, que es su hermana.

TORIBIA. ¿Mas por Dios?

SANCHO. Y aquesta noche, el viejo á quien encargada la dejó, se la ha robado.

TORIBIA. ¿Qué me cuentas?

SANCHO. Lo que pasa; á Oviedo partió tras ellos.

TORIBIA. ¿Y qué? ¿es de veras su hermana?

SANCHO. Sin duda.

TORIBIA. ¡Válgame el cielo!

Parece que ahora el alma por el cuerpo se pasea.

SANCHO. Aquesa yegua desata; vamos, porque he de ir tras él que también á mí me alcanza gran parte de sus desdichas, que á su hermana adoro.

TORIBIA. Basta;

que basilisco el amor corrompió toda la casa. Vamos, hermano, que yo te sigo á Oviedo, y las sayas renuncio y en otro traje si el mi querido se halla, pardiez, tengo de valelle y en su defensa esta espada pasará á Oviedo á cuchillo.

SANCHO. Vamos á casa, que en casa se dispondrá, y á mi padre daremos cuenta. ¡Ay, doña Ana, que mereciese tu amor un hombre que con más causa

tu padre pudiera ser que no tu amante!

TORIBIA. Ya es falta propia en la hermosura siempre el mal gusto; pero calla, que por dicha podrá ser que sin pensarlo mos salga un padre que á tí te quiete como me quietó una hermana.

(Vanse.)

ESCENA IV

Salen DON LUIS con vara, DOÑA ANA, RODRIGO y acompañamiento.

LUIS. Ha mostrado la ciudad su lealtad y su valor; débolas un gran amor.

ANA. Es de mucha calidad lo noble della.

LUIS. Pues no, las reliquias de los godos, de quien descendemos todos, de aquí su origen tomó. Para no estar prevenido, ha sido el recibimiento muy cumplido.

RODRIGO. Estuve atento al aseo del vestido y del tocado de aquellas que delante iban bailando de tu persona, admirando algunas más que el sol bellas. ¡Extraño traje!

LUIS. ¡Extremado! Es la nobleza de Oviedo esa que bailaba.

ANA. Puedo decir que no me he alegrado tanto como hoy ningún día.

RODRIGO. La Iglesia mayor es cosa excelente.

LUIS. Milagrosa.

ANA. Mientras que se proseguía el recibimiento, á mí las reliquias me enseñó el señor Obispo.

RODRIGO. Y yo también, señora, las vi contigo, y quedé admirado.

LUIS. Es este antiguo sagrario un divino relicario de Europa, á quien han llamado, Roma de España.

ANA. Si aquí nuestro ausente se hallara, con más sosiego gozara de las grandezas que vi.

LUIS. Dios lo dispondrá; no digas á nadie que hermano tienes, pues con eso previenes aumento á nuestras fatigas.

ESCENA V

Sale JUANCHO.—DICHOS.

JUANCHO. Juancho, si vienes cansado sabes lo Dios.

ANA. ¿No es aquel

Juancho?

LUIS. Disimula.

JUANCHO. Aquí estáis á quien busco yo hayas mal quien me parió si no fué clérigo, si no vinieras Juancho ahora, sólo de Bilbao pruebas, y al viejo verde te llevas antes que pasa un hora, á que gobiernes infierno. ¿Queréis algo?

LUIS. Para vos traigo este. (¡Juras á Dios que te despacho el gobiernol)

(Date un papel y empuña la espada.)

ANA. ¡Juancho, mira!

JUANCHO. ¡Fuego, fuego, en vosotros! ¿qué me quieres? Llevar el diablo mujeres; la mejor quemarla luego.

ANA. ¿Dónde está mi hermano?

JUANCHO. Ha ido á cazar grullas.

ANA. Di adónde.

JUANCHO. Juancho en su vida responde á mujer.

ANA. ¿Tienes sentido?

JUANCHO. A fe que estoy sospechando después que os fuisteis ¡os dos no digáis, ¡juras á Dios! ahora, «habladme en entrando» ¡Bárbaro! ¿qué dices?

ANA. ¡Cielos!

LUIS. Esto escribe y dice así. ¡Ay hijo amado, ay de mí, quién quietara tus desvelos!

(Lee.) «Ni sois caballero ni puede ser que seáis bien nacido, porque quien no corresponde á las obligaciones de serlo, niega lo uno, desluciendo lo otro. Fiéme en vos; no acudisteis á vuestras obligaciones, cosa que no hicierais en tener buena sangre. Débeos de animar el verme perseguido; pero para que os desengañéis de que en cualquier estado tengo el valor que heredé de Don Luis Hurtado de Mendoza, mi ilustre padre, os quedo esperando junto á la cruz del Vierzo, donde os guiará ese criado. Solo estoy y mis armas son una espada y daga; si os pareciesen pocas, traed las que quisieredes, y si no os atrevéis solo, venga quien os acompañe, que, siendo como vos, tanto monta.— Don Diego Hurtado de Mendoza.»

¡Bien haya quien te parió!

Si mi valor heredaste,

Diego, ahora lo mostraste.

¡Qué resuelto que escribió!

Es valiente. Dios le guarde.

¿Vos me habéis de guiar?

JUANCHO. Sí.

LUIS. Pues alto, vamos de aquí, que no quiero que me aguarde.

ANA. ¿Adónde vas?

LUIS. Aquí voy.

JUANCHO. ¡Juras á Dios, vizcaíno! solo vas, viejo, al camino, muchos palos que le doy. (Vanse Don Luis y Juancho.)

ESCENA VI

Doña Ana y Rodrigo.

ANA. Rodrigo; temblando quedo; ve tras ellos.

RODRIGO. Sí, haré,

y más gente llevaré.

ANA. Que no aguarde tengo miedo

mi hermano, que es arrojado,

y sin advertir razones,

en viéndole, ejecuciones

dará á un caso desdichado;

que Juancho me dijo agora

que á mi padre está esperando

en el campo; estoy temblando.

RODRIGO. Perdé el recelo, señora,

que prevenido estaré

para lo que sucediere,

y la gente que trujere

retirada dejaré

para que, sin embarazos,

se desengañen los dos.

ANA. Padre, hermano, traigaos Dios

á mis ojos y á mis brazos. (Vanse.)

ESCENA VII

Sale DON DIEGO solo.

Basta, cansada memoria, que dais en atormentarme; cuando afligido juzgaba que si la vida faltaba honor tenía.

Memoria, si la perdía

más vitorioso quedaba,

pues ahora que el honor,

que fué la prenda mejor

que he tenido,

me la arrebató atrevido

de la fortuna el rigor,

memoria, si bien se advierte,

acordando el trance fuerte,

¡qué pesar!

¡sois la piedra de amolar

del cuchillo de la muerte!

¡Que una mujer que entendía

que en poco el mundo tenía,

¡qué crueldad!

intentase sin piedad

tan notable alevosía!

¡Que un noble me persiguiese,

que la palabra me diese

y la quebrase!

¡Que afligido me dejase

y que con mi honor se fuese!

ESCENA VIII

Salen DON LUIS y JUANCHO.—DICHOS.

- DIEGO. Espera junto al caballo por si fuese menester.
- JUANCHO. Señor, el que está agraviado no tiene que hacer más que en llegando metes mano, y de primer antubión el diablo llevas contrario, que satisfacción si esperas no vales higo. *(Vase.)*
- ESCENA IX
- DICHOS, menos JUANCHO.
- LUIS. Aguardando me está ya. Guárdeos el cielo.
- DIEGO. Hasta que pueda mataros solamente lo deseo, vil caballero, que cuando de vos me fio, mi afrenta ejecutáis.
- LUIS. Reportaos y escuchadme.
- DIEGO. ¿Qué diréis! ¿Que por remediar el daño mayor, piadoso trujisteis esa mujer, que me ha dado para mi deshonra el cielo, para mi aflicción los hados? ¿Acaso, preguntóos yo, sois mi tutor?
- LUIS. El muchacho está resuelto: ya es tiempo preciso de declararnos. Diego, veinte años ahora...
- DIEGO. ¿Qué tienen que ver veinte años con mi agravio? ¡Vive el cielo que debéis de haber pensado que soy loco! ¡Alto, sacad la espada!
- LUIS. Terrible caso será que no me escuchéis.
- DIEGO. Más terrible fué llevaros á mi hermana. Acabad luego, ¿qué os detenéis? Meted mano.
- LUIS. Digo que veinte años ha que se la dieron! ¿Qué es esto? ¿Estáis herido? Llegadlo acá.
- DIEGO. ¿Qué gastáis arengas? Yo no tengo de escucharos.
- LUIS. ¡Vive Dios que habéis de hacerlo!
- DIEGO. ¡Vive Dios que he de mataros si la espada no sacáis!
- (Saca Don Diego.)
- LUIS. ¿Vióse caso más extraño? El muchacho está perdido. ¡Alto! vamos abreviando. ¡Hijo de mis ojos! Yo...
- DIEGO. ¿Ya os acogéis al sagrado de la humildad? Pues conmigo no ha de valeros. Si aguardo *(Ap.)* más razones, este viejo

me ha de aplacar, y mi agravio pierde la satisfacción. Pues no queréis meter mano, haber si ahora lo hacéis.

(Tírale y mete Don Luis mano.)

- LUIS. ¿Qué es esto, cielos sagrados? ¡Amado hijo, yo soy...
- DIEGO. Un caballero villano que cuando dél me fié mi deshonra ha intentado.

ESCENA X

Dice RODRIGO dentro y luego sale con todos los que pudiesen y embisten á DON DIEGO.—DICHOS.

- RODRIGO. Caminad presto, que ya los aceros han sacado. *(Dentro.)* ¡Favor aquí á la justicia!
- DIEGO. Con celada y con engaño saliste, ¡no importa!
- 2.^o ¡Muera!
- LUIS. Ya no he de poder librarlo, que si declaró quien soy, no será posible caso valerle; quiero callar. ¡Hola, prendedlo ó matadlo!
- 3.^o ¡Muera!
- 4.^o ¡Muera ó dese preso!
- DIEGO. Ha de ser hecho pedazos. *(Mételo á cuchilladas.)*
- LUIS. Rodrigo, Rodrigo, mira no me lo hieran, cercadlo; bien se resiste, ¡ay de mí! Mucho le van acosando, parece que le han herido. ¡Teneos!
- (Salen sobre él y él herido, y cae á los pies del padre y quita las armas.)*
- DIEGO. ¡Cielos airados, que me perseguís! ¿qué es esto? Á los pies de mi contrario vine á caer.
- LUIS. ¡Deteneos, insolente temerario! ¡vive Dios que habéis de ver en un alto cadahalso vuestra cabezal ¡ay de mí! ¡Rodrigo, mira si es algo!
- RODRIGO. En la cabeza es la herida.
- LUIS. ¡Mal hayan amén las manos que se la dieron! ¿Qué es esto? ¿Estáis herido? Llegadlo acá.
- DIEGO. ¡Airada fortuna! Es este el último estado en que pudiste ponerme.
- LUIS. No es nada; bien empleado fuera el haberos abierto la cabeza y aun mataros. *(No lo quiera Dios.)* Tomad *(A Rodrigo.)* ese lienzo y apretadlo en aquella herida.
- DIEGO. ¡Ah, pesial!
- LUIS. A ver si está bien atado: llegad acá, no está bueno.

ESCENA XI

Salen TORIBIA y LUCÍA de hombres, vestidas á lo sayagués, SANCHE y MENDO, y JUANCHO por otra puerta.

- JUANCHO. Juras á Dios que anda el diablo suelto, cazolada tienes de gente el viejo bellajo escondida.
- TORIBIA. Anda, Lucía.
- LUCÍA. Pardiez que son güenos ajos éstos.
- SANCHE. ¿Qué gente es aquesta?
- MENDO. Justicia pienso.
- SANCHE. O me engaño, ó es Diego Hurtado el que llevan entre aquellos agarrado. Padre: ¿qué habremos de hacer? Eso pudieras mirar antes de salir de casa; pero después de hecho el daño, llegar, librarle ó morir, ya que estamos empeñados.
- SANCHE. ¡Alto, pues! ¡Hola! ¿á quién digo?
- MENDO. ¡A mochachos! retiraos á aquesta parte.
- LUCÍA. ¡Oh, qué bueno! no queremos retirarnos.
- TORIBIA. ¿Reti... qué? aguardad un poco. ¡Hola, fariseos! dadmos el preso.
- LUCÍA. Dadmos el preso.
- LUIS. ¡Vive Dios que los villanos del lugar quieren librarle! Quizá del cielo guiados vengan muy en hora buena. ¿Qué es lo que emprendéis, serranos? ¿No miráis que estoy aquí? ¿No miráis que estoy aquí? Por aqueso mismo caso lo intentamos.
- LUIS. ¿Qué es aquesto?
- MENDO. ¿Sois locos? Locos ó sabios esto ha de ser ó sobre ello...
- TORIBIA. Suelten all hombre.
- LUIS. Tal caso no he visto.
- TORIBIA. Suelten all hombre.
- LUIS. ¡Ah villanos, reportaos! Mirad que el gobernador de Oviedo os está hablando.
- TORIBIA. ¡Mentis, que no es caballero quien intenta hacer agravios! ¿Yo, agravios?
- LUIS. Lo dicho, dicho.
- LUCÍA. Claro está, que heis de negarlo porque sois un... En defeto suelten all hombre.
- LUIS. En llegando á las manos, tú, Rodrigo, le suelta, que por milagro, á medida del deseo, Dios trujo esta gente.
- JUANCHO. Juancho, buen paliza se te aliaña.
- DIEGO. Si me libro de las manos

del enemigo por ti, ¡oh, pastora! que aunque extraño el traje de hombre conozco tu valor, por los sagrados cielos, que te he de pagar mi libertad, obligando mi palabra al beneficio.

LUIS. ¡Vil canalla! ¡Ya me canso de sufrir! ¡hola, prendedles! si se resisten, matadlos.

(Embisten con ellos, y en la refriega suelta Rodrigo á Don Diego, y Toribia le da su espada y descíñese la honda.)

- SANCHE. ¡Padre, á ellos!
- MENDO. ¡Hijo, á ellos!
- JUANCHO. ¡A ellos tú también, Juancho!
- TORIBIA. Por ese lado, Lucía, valiente, ve espechonando.
- LUCÍA. Ya te sigo.
- 1.^o ¡Mueran!
- 2.^o ¡Mueran!
- (Mételos los villanos á cuchilladas. Salen por otra puerta Rodrigo, asido de Don Diego y Don Luis.)*
- UNO. *(Dentro.)* ¡Cielos santos, gran furor! ¿son rayos ó hombres? *(Hace que se esconde.)*

ESCENA XII

Salen DON LUIS.—DICHOS.

- LUIS. Rodrigo: haz lo que diré...
- RODRIGO. Libraos, Diego Hurtado de Mendoza; idos, ya estáis desatado.
- DIEGO. Yo pagaré este servicio.
- LUIS. Tenedle, que se ha soltado.
- DIEGO. ¿Qué me persigues? ¿qué quieres?
- LUIS. Dios te libre. *(Vase Rodrigo y Don Luis.)*

ESCENA XIII

Salen TORIBIA.—DON DIEGO.

- TORIBIA. Diego Hurtado.
- DIEGO. Toribia.
- TORIBIA. Pues ya estás suelto, toma esta espada en la mano, librate, no tengas pena, que yo seguiré tus pasos en sabiendo dónde vas.
- DIEGO. ¿Cómo he de poder pagatos, Toribia, con una vida, tantas como me habéis dado?
- TORIBIA. No es tiempo de taravillas: huid.
- DIEGO. Obedezco y parto. *(Vase.)*

ESCENA XIV

Salen SANCHE y MENDO, acuchillándose, por una parte, y por otra, LUCÍA, TORIBIA y JUANCHO.

- TORIBIA. Mueran, ó dense á prisión.
- SANCHE. Antes muerto que entregado.

ESCENA XV

Salen DON LUIS y RODRIGO.

- LUIS. ¡Teneos, teneos! ¿Qué es aquesto? Después que habéis alcanzado el intento á que venisteis, ¿por qué queréis, temerarios, abalanzar vuestras vidas cuando miráis alterado á Oviedo y que es imposible con las vidas escaparos? Daos y creedme, que os juro si por la fe de soldado y por la de caballero, por el hábito que traigo y por la vida del rey (que guarde Dios muchos años), que si os entregáis ahora debajo de la que he dado, que no recibáis ofensa, antes protesto ayudaros, pues sabéis que debo hacerlo por tenerlo granjeado con las pasadas caricias, con vuestro noble agasajo.
- JUANCHO. No le creas, no le creas con esto quieres pescamos, y luego estirar el nuez y allá vas con el diablo.
- MENDO. ¿Qué haremos, hijo?
- SANCHO. Señor, si es imposible el librarnos, damos con este seguro.
- MENDO. Sea así.
- LUCÍA. Ante todos casos, señor, ¿soltaron all hombre?
- TORIBIA. Sí, bestia, ya le soltaron.
- LUCÍA. Pues ahora, aunque me ahorquen, no importa, ca qui está Juancho.
- JUANCHO. Más valiera no estuvieras.
- RODRIGO. La gente se va acercando.
- LUIS. ¿Qué resolución tomáis?
- MENDO. De que debajo tu amparo nos entregamos, y advierte que el que es noble está obligado á libertar á su amigo de semejantes trabajos.
- LUIS. Eso es cierto; vamos, pues, entregad las armas.

(Entréganlas todos.)

- SANCHO. Vamos. ¡Ay doña Ana, si pudiese, ya que en tus soles me abraso, merecer un rayo dellos!
- JUANCHO. Allá le llevas á Juancho, plegad á Dios que verdugo no le des carta de pago.
- TORIBIA. Loca voy con que mi Diego, Locía, se haya librado.
- LUCÍA. Yo con ver que en la prisión tendré, Toribia, á mi Juancho.

(Vanse.)

ESCENA XVI

Sale DON DIEGO solo por lo alto del monte.

Asperos y intrincados laberintos, claro y undoso río á quien paga el rocío en tributos distintos obediente al que debe cobrando el que la nieve desos montes destila cuando el invierno afila sus frigidios bostezos, porque con esperezos el sol mal abrigado sale á invadir de luz el verde prado, y la escarcha en sus faldas perlas le ofrece en ramos de esmeraldas; si lastimáis mi suerte piedades lograréis dándome muerte. Algo cansado y afligido llevo, fuente, á vuestra corriente, en vos, sed ardiente mitigaré que llevo; bulliciosa os contemplo de mi inquietud ejemplo, sed piadosa conmigo. ¿Qué es esto? A mi enemigo en aquel risco veo, ¡ah infeliz deseol el agua me persigue porque mi sed en ella aun no mitigue. Caballero, que esos montes quizá pisáis por mi causa para añadirme desdichas, como si á mi me faltaran, bajad, decended el llano, que en él un hombre os aguarda que, como nunca ha vivido, no sabe cómo se llama, sólo sabe que la muerte bien alegre en sus desgracias, ya como cosa perdida ni le deja ni le mata. Si acaso me conocéis, ¿cómo no movéis las plantas? bajad, matadme, con eso tendré vida y vos venganza.

ESCENA XVII

Sale DON ALONSO.—DON DIEGO.

- ALONSO. Caballero, á quien conozco para mi daño: dudaba hasta ahora que mi suerte en mi bien se conformara, cierto della, aunque avarientas me niegan paso estas ramas, menospreciando su altura esculpiré mis estampas *(Arrójase abajo.)* en la arena de ese valle, y ya que iguales nos halla la suerte, pues en la mía también es fortuna avara, conformes en el cansancio, iguales con las desgracias,

- DIEGO. por lo menos no diréis que os he muerto con ventaja. La soledad deste sitio es tan grande, que no se halla que hayan violado sus hierbas hasta ahora humanas plantas. Siendo nobles, es forzoso que quede en esta batalla el uno de los dos muerto, si no es que la suerte iguala los sucesos, y es razón que aquí nos demos palabra de que el que vivo quedara, que es una facción hidalga, lleve al otro á que le den la sepultura sagrada, y hasta tanto no le deje, que será desdicha extraña que al difunto se la den una fiera en sus entrañas. Pena de mal caballero, si no lo cumpliere...
- ALONSO. Es tanta razón, que juro cumplirlo, y por que también se haga lo que la nobleza dicta, si llegara vuestra espada antes á mi pecho, abriendo puerta por do salga el alma, yo os perdono desde aquí, y á la Aurora soberana, madre del Sol verdadero, que estrellas lucientes calza, pongo por testigo.
- DIEGO. Y yo, y en fe dello ya os aguardan mis brazos. *(Abrazanse.)*
- ALONSO. Aquestos míos confirmarán mis palabras.
- DIEGO. ¡Alto, pues, aquesto hecho! Empiece nuestra batalla.
- ALONSO. Ya os aguardo con la mía, meted mano á vuestra espada.
- DIEGO. ¡Fuerte pulso!
- ALONSO. ¡Gran presteza!
- DIEGO. ¡Rayo airado!
- ALONSO. ¡Furia extraña!
- DIEGO. Mi desgracia estoy temiendo. Gran desdicha me amenaza.
- ALONSO. ¡Ah débil mano! ¿Qué es esto? ¿agora pierdes las armas? *(Cáesele la espada de la mano, va á cogerla y deténele Don Diego y cógele la espada.)*
- DIEGO. Teneos, que ya esta ventura para mí estaba guardada.
- ALONSO. Dadme la espada.
- DIEGO. No quiero, porque es necedad extraña dar armas al enemigo con que logre su venganza.
- ALONSO. Pues matadme, acabad presto.
- DIEGO. ¿Confesáis, viéndoos sin arma, que tengo agora en mi mano vuestra vida, y que no hay cosa que me lo impida, pues es haber perdido la espada

despojo del vencedor, si en vos ha sido desgracia? Cuando yo quiera negarlo, vuestra dicha lo declara.

- DIEGO. ¿Ya no estáis muerto?
- ALONSO. Si estoy, más que de temor, de rabia.
- DIEGO. Si estáis muerto, perdonadme, como disteis la palabra, que el testigo que pusisteis, cuya pureza sin mancha adoro, atento nos mira, á quien no podéis negarla; y para que echéis de ver que no me incitan venganzas á que este perdón os pida, tomad, tomad vuestra espada, tomad la mía también, *(Dale las dos espadas.)* que aquí rendido os aguarda quien ya humilde no os resiste cuando soberbio os mataba.

(Hincase de rodillas y levántale con los brazos Don Alonso.)

- ALONSO. ¡Oh, afrenta de los varones ilustres, á quien la fama eterniza! Aquesos brazos me da mil veces, que basta tu generosa hidalguía para que te perdonara, no la muerte de mi primo de quien soy parte, mas cuantas injurias hacer pudieras á mi sangre y á mi casa, y si quieres que quedemos en facciones tan bizarras iguales, dame la muerte, que pienso, con perdonarla, siendo imposible hacer más, que no me lleves ventaja.
- DIEGO. Correspondes á quien eres.
- ALONSO. Vamos á Oviedo, que el alma acreditará con obras lo que ofrece con palabras; que en León no te está bien entrar hasta que, acabadas, estén estas diferencias, mientras el perdón se alcanza de su majestad.

- DIEGO. Amigo, tu favor me es de importancia en Oviedo, que esta noche, si sus tinieblas me amparan, pienso, cortando dos cuellos, lavar de mi honor la mancha.
- ALONSO. Dispón de mí, pues soy tuyo.
- DIEGO. Vamos pues. ¡Ay falsa hermana! ¡ay alevé amigo! el cielo me deje tomar venganza. *(Vanse.)*

ESCENA XVIII

Salen DON LUIS, TORIBIA, LUCÍA, MENDO, SANCHO, DOÑA ANA, RODRIGO, JUANCHO y gente.

- LUIS. Haced que se les aliñen camas en aquese cuarto, y con la guarda bastante,

Rodrigo, y con el cuidado necesario, en su prisión los tened, que debo honrarlos por el buen alojamiento de su casa, aunque han andado esta tarde inadvertidos.

RODRIGO. De hacerlo tendré cuidado.

ANA. ¡Ay, señor! ¿vienes herido?

LUIS. No, pero vengo cansado.

ANA. ¿Qué tal refriega tuviste, y adónde queda mi hermano?

LUIS. Pregúntalo á quien fué causa que él escapase á mis manos.

ANA. ¿Qué es esto? ¿qué traje es este, Toribia, que habéis tomado?

TORIBIA. Acá es un ciento de nueces; dejadme; fos con el diablo, que vuestras habilidades nos tienen en este estado. ¿Por qué os huiste, golosmera, y dejasteis vuestro hermano?

JUANCHO. Porque hombre y vino le quiere esta mujer de un tamaño.

ANA. ¡Vaya con Dios, qué os parece cuál me ponen los villanos!

MENDO. No son villanos, señora, los que estáis vituperando; tan buenos son como vos, que los Díaz asturianos no deben nada en Oviedo á los más nobles hidalgos.

LUIS. Teniendo aquese apellido noble, yo no he de faltáros. Escuchadme aparte.

(Hablan Mendo y Don Luis, aparte.)

ANA. ¡Ay cielos! ¿De qué estás tan triste, Sancho? Muy agradecida estoy que por librar á mi hermano te pongas en tal peligro.

SANCHO. A no haber visto tan claro que merece vuestro amor quien hoy os está gozando y quien de mi casa os trujo, fuera poco por libraros volver á Oviedo en ceniza, débil Troya de mis brazos, y le hiciera por mi amigo, ¡viven los cielos sagrados! matando á quien le ha ofendido si no fuera...

ANA. Sancho, Sancho, reportaos, quizá algún día, cuando estéis desengañado, yo podré corresponderos y vos podréis sosegaros.

LUCÍA. Juancho, cansada me siento y aquesto va muy de espacio; ¿quieres que aquí mos echemos?

JUANCHO. ¡Dónde!

LUCÍA. En el suelo.

JUANCHO. Estar blando mucho para mis costillas.

TORIBIA. Quien tuviera entre los brazos á Diego. ¡Ay ausente mío!

LUCÍA. Gusto me ha dado escucharos y conoceros.

ESCENA XIX

Salen Dos DIEGO y Don ALONSO y cogen la llave.

DIEGO. A tiempo me parece que llegamos. Cerrad presto.

ALONSO. Ya está hecho; la llave se quedó acaso en aquesta cerradura.

(Dale una llave.)

DIEGO. Echad la loba; arrimaos, don Alonso, en esa puerta, no se alboroten hidalgos, que acá estamos todos.

LUIS. ¡Cielos!

¿No es este Diego?

RODRIGO. Soñando estoy. ¿Y también no adviertes que le viene acompañando don Alonso, su enemigo?

ANA. Alguna desdicha aguardo.

TORIBIA. ¡Ay, Diego del alma mía!

JUANCHO. Juras á Dios que es mi amo.

DIEGO. No quiero gastar el tiempo en quejas de vuestro trato, que esas las publica el mundo y por aqueso las callo. Tampoco quiero quejarme de aqueza mujer que al lado tenéis, que al fin es mujer, y la más fuerte, de barro; la pendencia de esta tarde tampoco quiero acordaros, que aqueza yo os la perdono, pues por ella he granjeado á don Alonso de Bustos por mi amigo y por mi hermano; al fin, yo no vengo á quejas, sólo vengo á que la mano deis luego á aqueza señora. ¿Qué miráis? ¿Qué estáis dudando? ¿Podéis vos ser mejor que ella? No, ¡voto á Dios! esto es llano; vuestra mujer ha de ser; aquí estamos encerrados; esta es la llave, acabemos, ó os haré tantos pedazos que en el aire...

LUIS. Caballero, escuchadme y reportaos. En cuanto á ser su marido, eso no puedo negarlo que conquie un impedimento allanéis fácil, es llano que me casaré con ella. En cuanto haberos quejado de que á vuestra hermana truje, respondo, señor, que es tanto lo que la quiero, que un punto fuera imposible apartarnos sin que muriera, y así el amor en este lazo me disculpa, y pues que estoy á cuanto me pedís llano, contadme vuestro suceso con don Alonso.

ALONSO. No es caso que admite corto progreso; sólo sabéis que obligado del valor, de la hidalguía, digna de esculpirse en mármol, de don Diego, á quien le debo la vida, le he perdonado la muerte, pues que soy parte, por ser deudo el más cercano de mi primo, y autorizo esta amistad con mis brazos.

DIEGO. Ya que habéis sabido aquesto, que se ha de allanar sepamos; porque en habiendo imposibles los allane con mataros.

SANCHO. ¡Santos cielos, esto es hecho! En brasas estoy temblando.

LUIS. En fin: ¿no puede ser menos sino que hemos de casarnos? O morir en la demanda.

DIEGO. Pues alto, traigan despachos de Roma.

DIEGO. Pues ¿para qué?

LUIS. Para que se case, es claro, una hija con su padre. Dadme esos brazos, amado hijo, que tu padre soy.

DIEGO. ¿Mi padre?

TORIBIA. «Habrame en entrando.»

LUIS. ¡Ay hijo! ¡ay prenda querida! Dadme vos también los brazos.

(A Alonso.)

ALONSO. Seré desde hoy vuestro hijo.

DIEGO. ¿Es posible, padre amado que llegue á ver este día?

LUIS. Dale tú la mano á Sancho, Ana, que estoy satisfecho, de que es por linaje hidalgo.

ANA. Con mucho gusto la doy.

SANCHO. Yo estoy loco en bienes tantos.

DIEGO. Siendo así, Toribia mía, según me siento obligado, no hago nada aunque entrego el alma con esta mano.

TORIBIA. Honor de los zaragüelles, aceto.

LUCÍA. Querido Juancho, ¿quieres ser mi matrimonio?

JUANCHO. Pues que tocas á rebato, Juancho, ¿qué puedes hacer? ¡Juras á Dios que me caso!

DIEGO. Don Alonso, á mi prima, que es un ángel soberano, te ofrezco.

ALONSO. Su cielo adoro, y así quedo bien premiado.

LUIS. Por el perdón partan luego de su majestad, y en tanto te doy la ciudad por cárcel.

MENDO. Gocéisos muy largos años.

RODRIGO. Ya es hora que descanséis.

TORIBIA. Y si acaso os ha agradado esta comedia, os suplico que premiéis nuestro trabajo y deseos, con decírnos ¡vitor! *habladme en entrando.*